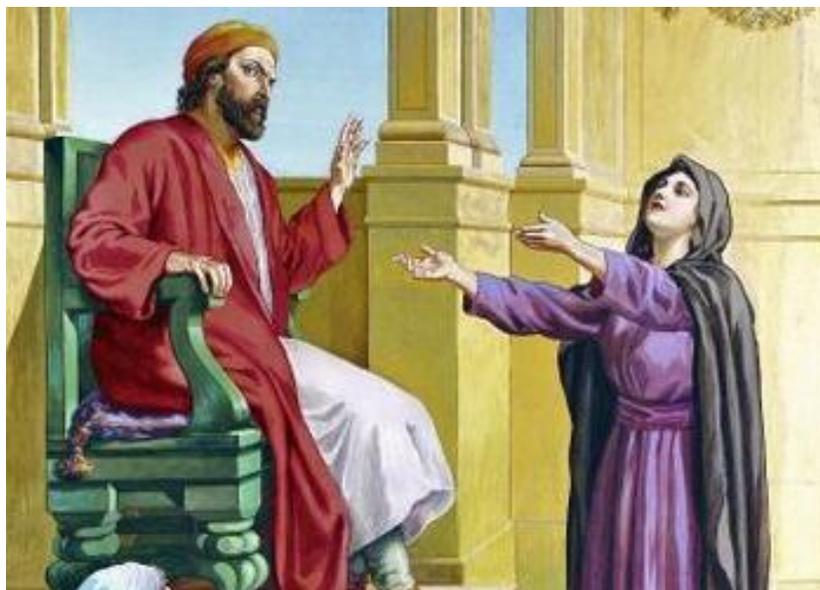


LECTIO DIVINA 29° DOMINGO ORDINARIO CICLO C

1



1. LECTURA ORANTE

Lucas 18,1-8: En aquel tiempo, para enseñar a sus discípulos la necesidad de orar siempre y sin desfallecer, Jesús les propuso esta parábola: "En cierta ciudad había un juez que no temía a Dios ni respetaba a los hombres. Vivía en aquella misma ciudad una viuda que acudía a él con frecuencia para decirle: 'Hazme justicia contra mi adversario'. Por mucho tiempo, el juez no le hizo caso, pero después se dijo: 'Aunque no temo a Dios ni respeto a los hombres, sin embargo, por la insistencia de esta viuda, voy a hacerle justicia para que no me siga molestando' ". Dicho esto, Jesús comentó: "Si así pensaba el juez injusto, ¿creen ustedes acaso que Dios no hará justicia a sus elegidos, que claman a él día y noche, y que los hará esperar? Yo les digo que les hará justicia sin tardar. Pero, cuando venga el Hijo del hombre, ¿creen ustedes que encontrará fe sobre la tierra?"

MEDITACIÓN

¿QUÉ ME DICE DIOS EN ESTE TEXTO?

El Evangelio de Lucas nos presenta la parábola del juez inicuo que hace caso a los que le piden justicia, a causa de su perseverancia y casi impertinencia.

Pero ¿no contradice la experiencia fáctica tal aseveración? Vienen a nuestra mente cientos de imágenes que se agolpan y superponen en una especie de multicolor "collage" del terror: decapitados, mujeres violadas, secuestros, mujeres y niños golpeados, rostros lascivos, miradas que se desvían fingiendo no ver la miseria de otros, niños inocentes abusados por sus más queridos familiares... ¿o debemos pensar que todas las víctimas eran ateos sin fe y que por eso Dios se hizo el desentendido y no acudió a su rescate? ¿Les habrá faltado elevar la voz ya que el Altísimo padece sordera crónica?

Referimos un caso concreto. Una persona nos contaba, con lágrimas en los ojos y voz entrecortada, que cuando niño, tal vez de unos diez u once años, y ya padeciendo una tremenda miopía desde los tres o cuatro, sus padres le llevaron por vez primera al oftalmólogo porque en su escuela les dijeron que el niño no veía casi nada. Cuando le pusieron los lentes, no podía dar crédito a lo que veían sus ojos...las cosas eran claras, nítidas, veía los colores brillantes y podía distinguir los rostros tan amados que apenas recordaba. ¿Cuántas veces había pedido al Señor, cerrando sus ojos y firmemente convencido de que Dios le permitiría ver lo que le platicaban sus compañeritos? ¿Cuántas otras había abierto los ojos para encontrarse exactamente igual de miope, desconcertado porque Dios no le hacía caso?

Tal vez, tanta inocencia quepa en el corazón y la mente de un niño, pero el problema es que los adultos ya no se tragan el cuento, a fuerza de descalabros y experiencias dolorosas en las que Dios parece brillar por su ausencia, van perdiendo la fe y a poco, dejan de pedirle al Señor, dejan incluso de hablar con él porque sienten que es una pérdida de tiempo hablar con alguien que no les presta la menor atención o quizá, muy en su interior, piensan que es estúpido hablar con quien no existe. Y créanme, no exageramos, la mayor parte de los cristianos católicos que conocemos, no oran...muchos rezan, pero no oran.

Algunos recitan mecánicamente fórmulas estereotipadas y catalogadas para lograr fines diversos, otros se reúnen en eventos masivos y elevan sus brazos al cielo en largas jornadas de monólogos para lograr fines determinados, otros más ya tienen sus horarios prefijados y detienen sus actividades para rezar determinadas y rápidas jaculatorias para después volver a sus actividades cotidianas, etc. Pero son muy pocos los que hacen un espacio privilegiado para entrar en el silencio, aquietar la mente y

disponer el corazón para escuchar a aquel que es La Palabra y por lo tanto la comunicación. Y es que toda palabra requiere ser escuchada por un oído atento pues de otro modo se pierde en el vacío y toda su potencia transformadora nunca se convierte en un hecho significativo.

En otras palabras, la oración –entendida como una vida toda ella abierta de tajo a la comunicación de Dios- es la herramienta hermenéutica que permite la intelección intuitiva de la presencia del Señor en medio de las dolorosas vicisitudes de la existencia.

Orar para escuchar, para descubrir a Dios en los entresijos de nuestra historia y beber de las fuentes vitales de la Escritura para combatir el mal y el sufrimiento propio y ajeno...ese es el verdadero significado de la oración cristiana.

¿QUÉ ME PIDE DIOS EN ESTE TEXTO?

- ¿Qué sentimientos tocó Dios con su Palabra?
- ¿A qué me invita Dios?

2. **ORACIÓN**: ¿QUÉ LE DIGO A DIOS A PROPÓSITO DEL TEXTO?
Te invitamos a orar con este hermoso canto: “El Señor sostiene mi vida”(Salomé Arricibita):

<https://www.youtube.com/watch?v=E2z-BVNVqJM>

3. **CONTEMPLACIÓN**

Cierra los ojos y trae a tu imaginación la escena evangélica. Trata de reconocer los sentimientos y emociones que se suscitan en el corazón de los oyentes al escuchar la parábola de Jesús: «¿Creen ustedes acaso que Dios no hará justicia a sus elegidos, que claman a él día y noche, y que los hará esperar? Yo les digo que les hará justicia sin tardar. Pero, cuando venga el Hijo del hombre, ¿creen ustedes que encontrará fe sobre la tierra?». Siente en tu propio cuerpo esas emociones y sentimientos. Identifica tu propia experiencia de oración. Imagínate a solas con el Señor, en total silencio y soledad. Exprésale, no con palabras sino con el corazón todas tus inquietudes y angustias y ponlas en sus manos.

4. **ACTIO**

¿Qué acciones concretas haré para responder a lo que Dios me pide hoy con este momento de oración?

Sugerencias para la *actio*:

- La oración profunda, perseverante, en el silencio y la soledad, en la que más que hablar se escucha, es fuente de vida porque pone al cristiano en comunicación con aquel que es la Fuente misma de la vida.
 - ✓ ¿Qué lugar ocupa en tu vida la oración?
 - ✓ ¿Vas más allá de los rezos y las fórmulas aprendidas de memoria y repetidas de forma mecánica?
 - ✓ ¿Buscas el silencio y la soledad para, solamente, escuchar a Dios?
 - ✓ Si no lo haces, te sugerimos vivamente que busques un guía avezado en los caminos de la oración e inicies la fascinante aventura de la oración contemplativa.